

SEMINARIO: **LA VIDA ESTUDIOSA, O EL ESTUDIO COMO UNA FORMA DE VIDA**

Fernando Bárcena
Universidad Complutense de Madrid
(fbarcena@ucm.es)

SUMARIO: ALGUNAS IDEAS SOBRE *LA VIDA ESTUDIOSA*

1. El gesto de Marcel Proust. Héroes de lo absurdo: Penélope y Sísifo (la repetición y la insistencia). El estudio como *actividad* (interminable) y como *lugar* (habitado). Las abejas y las arañas. *Vie du lettré* (William Marx): la existencia letrada.
2. El estudio, la *vita activa* y la *vita contemplativa*. Labor, trabajo y acción. ¿Qué significa estudiar? (Hannah Arendt, Giorgio Agamben)
3. El estudio y el mundo común (Gustav Flaubert, Michel de Montaigne, Thomas Mann, Stefan Zweig).
4. El ánimo estudioso: Melancolía y nostalgia del estudio (Martin Heidegger, Milan Kundera). El duelo y el estudio.
5. Ceremonias del interior y del afuera: El cuarto de estudio, el cuaderno de notas, el paseante de la ciudad, poética del café.

Propósito: Se trata, en este Seminario, de intentar pensar el estudio como una especie de forma de vida, es decir, la *vida estudiosa*, sus protocolos, sus hábitos y sus artes, como el arte de la lectura. Si en algún momento de su larga historia la universidad se pensó como la casa del estudio ahora parece que ya es cada vez menos así. Algunos estamos tratando de pensar desde hace mucho esta idea del estudio como una categoría pedagógicamente interesante, cuyo trasfondo filosófico, antropológico, literario e histórico es realmente

fascinante. Una de las ideas a las que le damos vueltas es a la distinción entre aprender y estudiar, y por supuesto a la importancia, si es que la sigue teniendo hoy, de la alfabetización letrada, a la experiencia de la lectura, a la importancia del libro y la biblioteca. vamos a tratar, entonces de pensar estas cosas y abrir una conversación que quizá pueda resultarnos, hoy más que nunca, interesante y pertinente.

A MODO DE PRESENTACIÓN

Adjunto aquí, a modo de presentación del Seminario, una parte del *Prefacio* de mi manuscrito *La vida estudiantil, Un ensayo sobre la existencia letrada*, todavía sin publicar.

«Incluso los más allegados, los que lo conocían, ignoraban con qué constancia, tenacidad, cordura y ductilidad trabajaba a la sombra del mundo en la única tarea que él mismo se había impuesto: en vez de vivir una simple vida, vivir la suya propia».

STEFAN ZWEIG, *Montaigne*.

La escritura de un libro emerge con frecuencia de alguna clase de historia; no solo la cuenta, sino que, además, se inscribe en un relato personal, en una especie de biografía. El mío tiene su propio origen, conectado con un gran libro y una experiencia lectora; también con un antiguo deseo. Es preciso que cuente cómo comenzó todo.

Pues resulta que se me había metido en la cabeza que lo que yo quería hacer era escribir una novela. Sin embargo, la mera idea de imaginar una trama me atenazaba, porque anticipaba mi falta de

talento literario y, por tanto, mi más que previsible decepción posterior. Quería escribir una novela y simplemente era incapaz de ponerme a la tarea. Me acordé entonces del gran libro de Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*. Había empezado a leerlo siendo yo mucho más joven, pero sin constancia en mi lectura, y decidí zambullirme de nuevo en ese mar de palabras, en esa fiesta del lenguaje y, sin saber muy bien cómo, y seguramente debido a una situación personal empíricamente desesperada, encontré la disciplina necesaria para pasarme un tiempo largo enfrascado en la pausada lectura de esta obra.

Aunque a veces sufría leyendo —pues creía que yo también padecía las mismas «intermitencias del corazón» que el narrador proustiano—, al mismo tiempo experimentaba un extraño placer sumergiéndome en sus páginas, donde en realidad, sin pasar nada, ocurren muchas cosas que harán que Marcel acabe topándose con las verdades que le serán finalmente necesarias. Marcel no es simplemente alguien que recuerda, sino una especie de aprendiz en el tiempo que se distrae con frecuencia; esa idea me gustó.

Al inexperto protagonista de *La montaña mágica*, Hans Castorp, que es otro aprendiz, el pedagogo Settembrini le ofrece la consigna —«¡Magnífica palabra!», declara— «*placet experiri*» (que podríamos traducir así: «Por favor, inténtalo»), pues a ese joven le gusta probar sus fuerzas y jugar con tentativas destinadas al error. Precisamente para eso se es joven: para equivocarse a gusto, aunque sin conciencia. Será de este modo como Hans Castorp irá madurando. Es así como progresa: a base de ejercitarse en múltiples experimentos sin verdad. Al pretender yo la novela que me sentía incapaz de escribir, y no importando ya la edad que tuviese —pues precisamente joven no era—, al mismo tiempo me sentía un novicio

en mi declarada intención de componerla, y a mí mismo me aplicaba idéntica consigna que Settembrini a Castorp: ¡Inténtalo! Deseando escribir la novela que nunca escribí, ni probablemente escribiré, encontré, no obstante, hacia el final del ciclo narrativo proustiano –cuando Marcel decide por fin enclaustrarse en su cuarto para escribir la anhelada obra–, un nuevo motivo. Tras la postrera revelación que se le ofrece en esa reunión vespertina que nos relata en el último volumen (*El tiempo recobrado*), el narrador expresa que «lo que yo debía escribir era otra cosa, más larga y para más de una persona: larga de escribir». De día, escribe, «intentaría dormir»; trabajaría en las horas nocturnas, que deberían de ser muchas, «tal vez cien, tal vez mil». Vivirá con la ansiedad de no saber si el dueño de su destino «le permitiría proseguir la noche siguiente». El pasaje que traigo aquí es prodigioso, ciertamente. Marcel termina diciendo que cuando estamos enamorados de una obra, lo que queremos hacer lo intentamos hasta la fatiga, aunque «debemos sacrificar el amor del momento, no pensar en el gusto propio, sino en una verdad que no nos pregunta nuestras preferencias y nos prohíbe pensar en ellas».

Así pues, Marcel tomará la decisión de exiliarse en su cuarto para, por fin, escribir su libro, y fue este gesto el que me llevó a considerar que retirarse, como el narrador proustiano decide hacer, era algo muy parecido a lo que hacen —soportando esa misma fatiga— quienes se disponen en un ánimo estudioso. Descubrir este motivo, que me manifestó cierta verdad, vino por fin a concederme algún sosiego, a la vez que me otorgó un nuevo propósito. Definitivamente no escribiría mi novela, pero sí, tal vez, otra cosa. Y es esa «otra cosa» lo que el lector tiene en sus manos en estos momentos. No dejo de repetirme –no sé si para darme cierta

importancia— lo que el mismo Proust escribió en *Jean Santeuil*: «¿Puedo llamar a este libro una novela?».

Fue entonces cuando pude considerar algunas cosas con mayor detenimiento. Hubo una primera constatación, nada difícil de comprobar en realidad, que mostraba, a lo largo de la historia, la existencia de hombres y mujeres a quienes, en diferentes ámbitos de actividad humana —académicos y científicos, literarios, artísticos o artesanales— se los podía ver completamente entregados a sus respectivos quehaceres, ensimismados y atentos, minuciosos y esmerados, delicados incluso. Y también estaba la evidencia de que la vida, por muchos años que se hayan vivido, resulta siempre demasiado corta, que el tiempo huye a la carrera y, como Saturno a sus hijos, nos devora, de modo que cuando uno cae de verdad en la cuenta de todo está casi al final y se pregunta: ¿Y ahora qué?, ¿A qué he dedicado mi vida? ¿Qué hice con ella, o mejor, qué hizo la vida conmigo? Es estos momentos cuando uno está tentado de concluir, quizá, que una vida dedicada al «estudio» no habría estado tan mal, al fin y al cabo.

Pero había algo más. Se trataba de la creciente sensación que algunos tenemos de que el ambiente está contaminado y enrarecido, que no es difícil evidenciar un generalizado desprecio hacia determinadas palabras —todas ellas antiguas— que en otro tiempo tuvieron algún sentido y valor y que ahora resultan casi impronunciables. Como la palabra «escuela» (lo que incluye también a la «universidad», que es otra forma de escuela) y la misma palabra «estudio», ambas vinculadas con la antigua noción de *skholē*, que quiere decir «ocio», «tiempo libre», el tiempo de los hombres libres, como los nombró Platón en uno de sus diálogos. Un estado de cosas, en fin, que hace muy difícil seguir considerando a la universidad como

la «casa del estudio» y que resulte cada vez menos evocadora la imagen de un profesor sosteniendo un libro entre las manos forzando a su joven auditorio a leer con esmero y atención lo que en él se ha escrito, para la experiencia lectora cumpla alguna clase de efecto de en los términos de algún mucho más hondo sentido de la formación intelectual.

¿En qué momento el ambiente se había vuelto tan asfixiante? ¿Qué había pasado? ¿Qué tenían en común todos esos hombres y mujeres entregados con fervor a sus respectivas tareas? Pues bien, ese no poder dejar de hacer lo que hacen de esos individuos entregados a su tarea, esa relación tan estrecha e íntima que mantienen con sus respectivos objetos es un rasgo central del principal personaje de este libro: el estudioso. La historia de las ideas, de acuerdo con la tradición humanista occidental, muestra a los estudiosos de muy variadas formas y tipos: los ha llamado sabios o filósofos, eruditos e intelectuales, artistas, y por supuesto *hommes de lettres*. ¿Se puede restituir a su más alta dignidad al «hombre de letras»? me preguntaba yo. Y si tenemos que hablar de nuestro presente, ¿qué cosas puede decirnos todavía hoy el ánimo estudioso que parece gobernar a estos extraños individuos, a los hombres de letras?

Querría en este libro intentar algún tipo de acercamiento a la vida estudiosa, como he decidido denominarla, tratando de explorar una idea del estudio que emplearé aquí en dos sentidos esenciales y complementarios. Por una parte, el estudio (*Studium*) es un *hacer*, una práctica o una actividad (intentaremos explorar en su momento de qué tipo de hacer se trata), pero también es un *lugar* –el cuarto de estudio–, donde dicho «hacer» acontece y en el que alguien se

recluye en una especie de exilio voluntario (el ser humano se mueve en un espacio, pero habita un lugar, que hace suyo mediante un trato continuado). Ese hacer y ese lugar están estrechamente conectados entre sí y conforman una peculiar forma de vida: la existencia letrada.

Aunque la vida estudiosa de la que hablaré puede darse, como he mencionado, en campos de actividad humana muy diferentes entre sí, y no solo en los estrictamente académicos, me ha interesado pensar al estudioso en el seno de una comunidad «letrada» y «lectora». Su principal ocupación es la lectura y la escritura, la meditación, el cultivo ocioso del espíritu. El estudioso es un lector que subraya sus libros y transcribe algunos pasajes de sus lecturas en su cuadernos, que siempre lleva consigo, alguien que rumia sus lecturas para quizá componer un texto propio, glosando una glosa anterior. Estos son los pilares (y los placeres, el gozo) del estudio –leer, escribir, meditar–, de acuerdo con la tradición humanista que tendré aquí en cuenta como trasfondo. Si para aprender se necesitan pocas cosas, para estudiar sí. Lo que mi personaje estudioso necesita son libros, utensilios de escritura, libretas y cuadernos que son (la) *forma* del estudio, en un estudiar que es esencialmente un hacer interminable e inacabado. Además, por supuesto, mi estudioso hace otras cosas. Lo veremos caminar y pasear en las calles de la ciudad donde vive, instalarse en un Café para leer, quizá escribir en su diario y observar tras una ventana lo que pasa en el exterior; conversar con sus amigos, con los vivos y con los muertos, a través de los libros que estos últimos compusieron en otro tiempo. Se siente heredero de un legado y de una tradición letrada en relación con la cual quiere ser de algún modo equivalente. Su vida como estudioso y como lector responde a una serie de rituales, y se adiestra en los hábitos de un hacer que determinan el *tempo* del estudio.

La literatura también nos ha mostrado en ocasiones a algunos de estos estudiosos como individuos algo intratables y parcialmente asociales, quizá huraños. Personajes incrustados en los márgenes de los siglos, lectores compulsivos y coleccionadores de libros desconocidos para la mayoría; individuos que no parecen pertenecer a su propio tiempo y cuyas existencias se ordenan en torno a los libros que leen y a la biblioteca que habitan y en la que se refugian. Sus cuerpos se prolongan en el *corpus* de los libros leídos y que estiman como apreciadísimos tesoros. Lectores que han sacrificado sus vidas por los libros para, en algunos casos, hacérselos llegar a otros. Aunque no en todos los casos, estas gentes permitieron la continuidad de la transmisión entre las generaciones y contribuyeron a hacer posible lo que, al menos ellos mismos, entienden por «cultura»: un acto de cultivo y una relación de cuidado con aquello que se ama. Aprecian el pasado —donde encuentran su alimento espiritual—, pero aspiran a instalar lo mejor de sus pesquisas en el presente para que otros logren pensar mejor, quizá de otra manera. Los estudiosos, y los que en otro tiempo se llamó «letrados» o «humanistas», buscadores solitarios del saber, alimentándose de los libros, al mismo tiempo que tratan de expresar el mundo de otra forma se alejan temporalmente de él para intentar comprenderlo más atinadamente. Lo colocan a distancia.

No es mi intención proponer como una regla de vida universal la forma de vida estudiantil. Puedo imaginar que algunos de mis argumentos podrán irritar a quienes, esgrimiendo razones de cuya inteligencia no dudo, anhelan desmontar el discurso teórico dominante en Occidente, tal y como ha sido practicado en determinadas visiones de la universidad y otras instituciones, y que más o menos defiende al individuo solitario (preferentemente varón)

como un perseguidor del saber encerrado en su torre de marfil: Montaigne en su biblioteca, Descartes en su caldeado cuarto, Kant sin salir de Königsberg, y tantos otros. En realidad, lo que me interesa es rescatar este personaje de un posible olvido, volver a traerlo al presente, aunque sea de forma intempestiva, porque estoy convencido de que puede decirnos todavía muchas cosas sobre nuestras maneras actuales de entender lo que podría significar ponerse a estudiar.

En la vida estudiosa, sin embargo, existen sus dramas, sus dificultades y muchas contradicciones, como los que acosan al joven protagonista de *Johannes Climacus o De todo hay que dudar*, el breve opúsculo que Kierkegaard escribió en forma de relato y que nos ha llegado inconcluso. Se nos presenta allí a un joven estudiante de esencia más bien retraída, «extranjero en el mundo», pero apasionadamente enamorado del pensar, actividad en la que experimenta un «apasionamiento voluptuoso». El sensible joven decide dedicar su vida a todo lo que los filósofos aconsejan hacer, comenzando por la duda. El dubitativo joven, sin embargo, arrastrará consigo el dolor que este incesante dudar le acarrea. Su pasión contemplativa es disciplinada, verdaderamente estudiosa, atenta, pero su creciente sensación será que su vida ha quedado malgastada en deliberaciones, preguntas y tentativas infructuosas de respuesta. Y todo por culpa de un tipo de filosofía cuya premisa esencial es que todo el que quiera pertenecer a la filosofía debe adherirse a ésta (es decir, a la filosofía eterna). El joven Climacus reflexiona sobre esta afirmación que no comprende del todo, y por eso se interroga en qué puede ayudar saber que exista una filosofía de este tipo, a la que todo el mundo tendría que adherirse, si nadie ha logrado saber nunca nada y si nadie sabe cómo alcanzar la

cúspide que ella misma propone meta: «Se encontraba como un melancólico que contempla el vuelo de los patos en el cielo. Todo el que quiera pertenecer a ese mundo ha de unirse a ellos, pero jamás se ha visto a nadie volando a su lado».

Como no emplearé el término «estudio» en su uso corriente y extendido, y dado que dentro de la figura del estudioso también incluiré a escritores e intelectuales y artistas, me va a resultar inevitable aludir, dentro de las contradicciones que una vida dedicada al estudio puede contener, al eterno problema de la responsabilidad del artista en tiempos de crisis, o sea, la deuda que se tiene, no ya solo con las musas inspiradoras, sino con el mundo, en los términos, como en el caso del escritor vienés Stefan Zweig por ejemplo, con los compañeros de sufrimiento y exilio. ¿Es posible que una vida estudiosa, que siempre reclama soledad, atención y concentración a los trabajos del espíritu, no termine alejando al estudioso-escritor de la esfera de los asuntos del mundo? ¿Son la *vita contemplativa* y la *vita activa*, como formas de vida, del todo excluyentes?

Este ensayo tiene que ver pues con un tipo de filosofía que pone el acento en el drama del ser humano en un mundo recorrido por la incertidumbre, el azar y la contingencia, y que merece una cierta atención por nuestra parte. Tiene que ver con esa disciplinada búsqueda a la que se entrega el joven Johannes Climacus –y con la melancolía que de ella se deriva–, pero también con los muertos y con un acto de duelo, pues mi personaje mantiene un trato frecuente con los difuntos bajo la forma de un pasado desaparecido que le atrae y de cuya extrañeza y logros se admira, generando en cierto desasosiego unido a un desconsuelo, que manifiesta una actitud parcialmente romántica.

Aunque resulte paradójico, es cierto que los seres humanos

provenimos de un mundo perdido al que, solo cuando desaparece, podemos acceder. Lo hacemos de muchas formas, y una de ellas es a través de la lectura, que tiene mucho que ver con la palabra *theoría*, que en griego alude al acto de mirar algo, como si en verdad solo pudiésemos pensar el mundo con atención a través de esa forma peculiar de mirada en que consiste la lectura y la reflexión, la contemplación intelectual que la lectura provoca en nosotros.

En cualquier caso, no pretendo recrearme en un lamento más o menos nostálgico por pasados luminosos o dorados ya inexistentes, pues a decir verdad ya sabemos que todo entra y sale de este mundo constantemente. Pero estas páginas sí expresan cierta nostalgia del estudio y constituyen una defensa de una vida contemplativa que busca enlazarse con la vida activa. El estudioso es un ser en el mundo que sabe que en el corazón de la acción (de la *vita activa*) anida la contemplación. Como siempre pensamos y escribimos desde un presente, habrá algunas cosas que, como profesor universitario que soy, no podré dejar de considerar y de las que todavía me sorprende, aunque debería estar ya curado de espanto; como la deslealtad de quienes, formados en la universidad, parecen empeñados en despreiciarla en su historia, confundiendo sus fines, que tienen que ver con la cultura en su sentido más elevado y humanamente significativo, con las del mercado, como si el objetivo de una educación universitaria consistiera en un adiestramiento culturalmente esquelético de sus «consumidores» o «clientes».

Estoy lejos de defender alguna case de optimismo cultural, pues sabemos que la cultura no se ha mostrado, a lo largo de la historia, suficientemente capaz de aplacar por sí misma la violencia de las fuerzas primitivas que tantas veces se ha manifestado, incluso en los pueblos más cultos, dejándolo todo hecho trizas. Pero a algunos nos

resulta bochornoso seguir escuchando las voces de quienes, en estos desorientados tiempos, insisten sin pudor en que uno de los indiscutibles beneficios de la pandemia que todos hemos padecido consiste en el destacado papel que las nuevas tecnologías han desempeñado en la docencia, con todo su arsenal de «imprescindibles» herramientas para la educación en el seno de la llamada «sociedad del conocimiento». En nuestras mesas depositamos artilugios tecnológicos, pero el libro queda abandonado, no ya en una mesa, sino en algún oscuro rincón donde el polvo se acumula sin piedad. Tal es la imagen tragicómica de nuestros días. Se nos recuerda machaconamente la nefasta práctica decimonónica de la «clase magistral», que muchos identifican con un ejercicio de adoctrinamiento. Se dice una y otra vez que el auténtico aprendizaje en libertad no tiene que ver con la palabra de un profesor, sino con la reflexión personal del estudiante en una biblioteca, lo cual es completamente cierto, pero lo sería todavía más si de las aludidas herramientas tecnológicas no se hubiera hecho, como al fin ha resultado, un fin en sí mismo en vez de un medio al servicio del estudio del estudiante. Las actuales tecnologías han desterrado a un exilio sin nombre a esa grandiosa invención que es el libro y con él a la experiencia íntima de la lectura. Uno se pregunta si lo que esconden estas loas al sistema tecnológico no es sino un cierto odio a la idea misma de la escuela, un desprecio hacia el antiquísimo oficio de profesor, del que un buen amigo ha escrito un hermoso libro que más adelante citaré, y un declarado deseo, por parte de muchos de sus defensores, de huir definitivamente de las aulas.

En cualquier tertulia radiofónica o televisiva, en los diarios y los periódicos, y da igual la opción política con la que se identifiquen los «comunicadores», podremos escuchar o leer los mismos mensajes,

lanzados sin ningún tipo de pudor: que son las empresas las que tienen que dictar a las universidades cómo tienen que enseñar sus profesores y cómo, que hay que invertir en competitividad, eficacia y eficiencia, pues el progreso de un país reside en una economía competitiva. Escucharemos o leeremos estas cosas, pero habremos dejado de leer a quienes nos dijeron, hace mucho, que es preciso crear en la universidad la enseñanza de la cultura, de un sistema de ideas vivas, que en eso consiste la tarea universitaria más radical, y que nunca debería oponerse la enseñanza de las profesiones a la transmisión del saber y la cultura. El perspicaz lector habrá advertido que acabo de parafrasear un fragmento de *La misión de la Universidad* de Ortega y Gasset.

La universidad nació como un grupo de personas dedicadas a un tipo de actividad particular, que en la Edad Media se llamaba *Studium* y que nosotros podemos denominar búsqueda del conocimiento. En ella, académicos, profesores y estudiantes buscan ese conocimiento de una determinada manera, como una exploración a la vez individual y cooperativa a través de la conversación, la lectura y el pensamiento. Es en este sentido en el que la universidad es un hogar para conocimiento, un espacio en el que se prolonga la tradición del aprendizaje mediante el estudio y en el que se reúne todo lo necesario –como una biblioteca– para la búsqueda del saber. En este hogar se practica una conversación y en ella lo importante es la calidad de las voces que en ella participan. Al decir esto tengo en mente a pensadores que me han influido y a los que aprecio, y cuyas obras me parecen importantes y dignas de ser consideradas. No tengo, como he dicho, más nostalgia por el pasado que la necesaria, y si soy melancólico no me regocijo en mi propia melancolía, aunque no la rechace. Pero si considero las

tentativas deliberadas por destruir lo que me parece que es el genuino espíritu universitario, un espíritu que promueve un estilo de vida estudioso que no desprecia la cultura ni la banaliza, ofreciendo la oportunidad a los más jóvenes para abrir sus mentes a nuevos e inquietantes mundos, mi melancolía inevitablemente se agudiza. Entonces sé que, como profesor, puedo tratar de hacer del espacio del aula donde enseño un oasis dedicado a la inteligencia, a la conversación cortés sobre las ideas, al conocimiento, a la verdad, a la cual podemos acceder por muchos caminos en el marco de la materia que, en mi caso, enseño amparado en la mencionada biblioteca, la lectura de cuyos libros me sirve de alimento y de aliento. Lo que soy capaz de alcanzar leyendo las obras de los más grandes es lo que después acerco a mis estudiantes y, lanzando flechas al azar, puedo imaginar que alguna de ellas alcance a alguno bajo la forma de algún efecto, que estrictamente le pertenece. No: no pretendo adoctrinar a los estudiantes cuando compongo un discurso tras largas horas de estudio y lectura, ni cuando les fuerzo a que presten atención al libro que estamos leyendo –a menudo en voz alta– y lo que deseo es que simplemente dejen hablar al autor en lo que dice, en vez de empeñarse en bloquear su voz original con sus propias «opiniones personales», porque a un aula universitaria no se va a opinar sino a pensar y a aprender mediante el estudio. Y sí: creo que la universidad es la casa del estudio, en vez de un espacio para mostrar nuestra habilidades con herramientas tecnológicas de las que muchos estudiantes están más que hartos.

Es difícil defender el ideal de una vida estudiosa cuando tantas cosas en el mundo están tan sumamente mal. Stefan Zweig escribió un muy personal y hermoso libro sobre Michel de Montaigne, que no logró terminar, en el que recordaba que el ensayista francés, desde

lo más profundo de su alma, «odiaba a los reformadores profesionales del mundo», a los «expendedores de ideologías». De sobra sabía Montaigne hasta qué punto conservar la independencia interior era ya una tarea de por sí tan colosal como para pretender ir más allá pretendiendo transformar el mundo. La cita que encabeza este prefacio habla por sí misma; en ella leemos que Montaigne trabajaba «a la sombra del mundo», pero no dice que lo haga a sus espaldas. Su tarea pareció ser la defensa de un fortín o de una ciudadela interna desde la cual ir en busca incesante de sí mismo. Manteniéndose libre frente a todo y a todos, parecía aumentar la libertad de la Tierra. En su ensayo «La ejercitación», dirá, a propósito del libro que está escribiendo, que «esto no es mi doctrina, es mi estudio; y no es la lección de otros, es la mía» (II, VI) ¹. Su empresa es espinosa, pues persigue la senda de un pensamiento vagabundo, la errancia del propio espíritu. Leyendo, meditando y escribiendo en su estudio, el ensayista *se estudia*: «Hace muchos años que mis pensamientos no tienen otro objeto que yo mismo, que no me examino y estudio sino a mí mismo. Y si estudio otra cosa, es para aplicarla de inmediato a mí, o en mí, por decirlo mejor» (II, VI). Menciono estas cosas sin más lamento que el necesario, pero las digo con toda rotundidad. La educación y la vida universitaria –y, como institución, la historia de la universidad es tan larga como para contener sus luces y sus sombras– están siendo destruidas por esos reformadores profesionales del mundo, y amenazan dejarla como un auténtico estercolero. Y quizá por eso mismo lo único que nos queda a algunos es, tan honesta como humildemente podamos, tratar de

¹ Salvo que se diga otra cosa, todas las citas de los ensayos de Montaigne pertenecen a la siguiente edición: *Los Ensayos*. Barcelona, Acantilado, 2007. Prólogo de Antoine Compagnon. Edición y traducción de J. Bayod Brau.

proteger nuestra independencia interior siguiendo el ejemplo de los más grandes.

A su modo, los estudiosos –profesores o no, artesanos de la palabra y del discurso, lectores voraces o humanistas– son como esos artistas y poetas que Platón convidó «cortésmente» a abandonar su ciudad ideal. Por supuesto que Platón puso al mando de su utopía al rey filósofo, pero, aunque en su filosofía concede un papel crucial a la Belleza, cuando la define es para excluir al arte, acusando a los artistas de debilidad moral, incluso de envilecimiento. Los artistas son, como nos los presenta Platón, unos entrometidos, unos críticos independientes que harán lo que sea para proteger su libertad, y con frecuencia sus vidas no resultan dignas de ser imitadas; además, no saben explicar aquello que producen. Si gobernasen ellos, la ciudad sería un caos, y no imperaría, como debe ser, ni la Ley, ni el Orden, ni la Razón. Es sumamente tentador adentrarse aquí para tratar de comprender las razones más profundas que Platón tuvo para exiliar a los artistas y poetas. Pero debemos detenernos en la fuerza de esta imagen y tomarla como una provocación al pensamiento y como la posibilidad misma de una pregunta: ¿Acaso no han sido expulsados también los estudiosos de la ciudad moderna?

UNA CASA DE CITAS

I. SOBRE EL ESTUDIO

1. Se rebela usted contra las injusticias del mundo, contra su bajeza, su tiranía y contra toda la infamia y fetidez de la existencia. ¿Las conoce bien? ¿Lo ha estudiado todo? ¿Es usted Dios?» [...] Tómese la vida, las pasiones y a usted misma como un *motivo* para el ejercicio intelectual», le dice. Si queremos vivir, «hay que renunciar a tener una idea tan clara de todo. *La humanidad es así*, no se trata de cambiarla, sino de conocerla. No piense *tanto en usted*. Abandone la esperanza de una solución [...] En el *ardor del estudio* hay alegrías a la medida de las almas nobles. A través del pensamiento, únase a sus hermanos de hace tres mil años; recoja todos sus sufrimientos, todos sus sueños, y sentirá cómo se ensanchan, al mismo tiempo, el corazón y la inteligencia [...] Haga grandes lecturas. Adopte un plan de estudios que sea riguroso y sostenido [...] Impóngase un trabajo regular y fatigoso. Lea a los grandes maestros y trate de captar su conducta, de acercarse a su alma. De ese estudio saldrá deslumbrada y alegre. Gustave Flaubert, Carta a Marie-Sophie Leroyer de Chantepie, 18 de mayo de 1857, en *Querida maestra. Escritoras en la correspondencia de Gustave Flaubert*. Córdoba, El Olivo Azul, 2009. pp. 106-107.
2. El decisivo despliegue del moderno carácter de empresa de la ciencia acuña otro tipo de hombres. Desaparece el sabio. Lo sustituye el que trabaja en algún proyecto de investigación. Son estos proyectos y no el cuidado de algún tipo de erudición los que le proporcionan a su trabajo un carácter riguroso. El investigador ya no necesita disponer de una biblioteca en su casa. Además, está todo el tiempo de viaje. Se informa en los congresos y toma acuerdos en sesiones de trabajo. Se vincula a contratos editoriales, pues ahora son los editores los que deciden qué libros hay que escribir. Martin Heidegger (1997) «La época de la imagen del mundo» (1938), en *Caminos del bosque*, Madrid, Alianza editorial.
3. Espero que durante este curso entiendan ustedes perfectamente la primera frase que después de esta inicial voy a pronunciar. La frase es ésta: vamos a estudiar metafísica, y eso que vamos a hacer es, por lo pronto, una falsedad. La cosa es, a primera vista, estupefaciente, pero el estupor que produzca no quita a la frase la dosis que tenga de verdad. En esa frase —nótenlo ustedes— no se dice que la metafísica sea una falsedad; ésta se atribuye no a la metafísica, sino a

que nos pongamos a estudiarla. No se trata, pues, de la falsedad de uno o muchos pensamientos nuestros, sino de la falsedad de nuestro hacer: estudiar una disciplina. Porque lo afirmado por mí vale no sólo para la metafísica, si bien vale eminentemente para ella. Según esto, en general, estudiar sería una falsedad. [...] Generalizando la expresión, tendremos que una verdad no existe propiamente sino para quien la ha menester; que una ciencia no es tal ciencia sino para quien la busca afanoso; en fin, que la metafísica no es metafísica sino para quien la necesita. Para quien no la necesita, para quien no la busca, la metafísica es una serie de palabras, o si se quiere de ideas, que aunque se crea haberlas entendido una a una, carecen, en definitiva, de sentido, esto es, que para entender verdaderamente algo, y sobre todo la metafísica, no hace falta tener eso que se llama talento ni poseer grandes sabidurías; lo que, en cambio, hace falta es una condición elemental, pero fundamental: lo que hace falta es necesitarlo. [...] La solución a tan crudo y bicornio problema se desprende de todo lo que he dicho: no consiste en decretar que no se estudie, sino en reformar profundamente ese hacer humano que es el estudiar y, consecuentemente, el ser del estudiante. Para esto es preciso volver del revés la enseñanza y decir: enseñar no es primaria y fundamentalmente sino enseñar la necesidad de una ciencia, y no enseñar la ciencia cuya necesidad sea imposible hacer sentir al estudiante. José Ortega y Gasset, *Unas lecciones de Metafísica*, Madrid, Revista de Occidente - El Arquero, 1974. pp. 13, 15, 26-27.

4. El estudio es, de hecho, en sí interminable. Cualquiera que haya vivido las largas horas de vagabundeo entre los libros, cuando cada fragmento, cada código, cada inicial con la que se topa parece abrir un nuevo camino, que se pierde de repente tras un nuevo encuentro, o haya probado la laberíntica ilusión de la “ley del buen vecino”, que Aby Warburg había establecido en su biblioteca, sabe que el estudio no solo no puede tener propiamente fin, sino que tampoco desea tenerlo. Aquí la etimología del término *Studium* se hace transparente. Se remonta a una raíz st- o sp- que indica los choques, los shocks. Estudiar y asombrar son, es este sentido, parientes: quien estudia se encuentra en las condiciones de aquel que ha recibido un golpe y permanece estupefacto frente a lo que le ha golpeado sin ser capaz de reaccionar, ya l mismo tiempo impotente para separarse de él. Por lo tanto, el estudioso es

al mismo tiempo también un estúpido. Pero si por un lado permanece tan atónito y absorto, si el estudio es pues esencialmente sufrimiento y pasión, por el otro [...] lo empuja hacia la conclusión [...] Este alternarse de estupor y lucidez, de descubrimiento y de turbación, de pasión y de acción es el ritmo del estudio. Giorgio Agamben, *Idea del estudio*, en *Idea de la prosa*, Barcelona, Península, 1989.

5. Antes de ser capturado por una mentalidad fuertemente individualista y adquisitiva, el término *studium* estuvo asociado a la idea de dedicación y cuidado. Estudiar era, básicamente, darse atenta y cuidadosamente a algo. A diferencia del modo en que se lo concibe actualmente, el estudio no estaba relacionado con la adquisición de un saber, sino con un gesto de dedicación. No es casual que, en una sociedad como la nuestra, basada en la propiedad y el consumo, la noción de “estudio” haya sido progresivamente remplazada por la de “aprendizaje”. Aun cuando, a primera vista, puedan parecer equivalentes, existe una gran diferencia entre las nociones de aprendizaje y de estudio. [...] La palabra “aprender” deriva del latín *apprehendere*, cuyo significado es el de tomar o capturar. Por eso se puede decir que un policía aprehende un ladrón. El término “estudio” posee un sentido casi antagónico; proviene del latín *studium* y tiene, como ya fue dicho, el significado de cuidado, atención, celo, dedicación o empeño, poseyendo además el sentido de afecto (“*studia habere alicuius*” quería decir “gozar del afecto de alguien”). [...] existe una diferencia fundamental entre aprender una lengua y estudiar una lengua; en el aprendizaje el acento está colocado en el sujeto que aprende, sus inquietudes, deseos y propósitos, mientras que en el estudio el acento recae en la materia a ser estudiada. Se aprende una lengua para viajar, para emprender un negocio, para comunicar una idea; se estudia una lengua por un encantamiento que está más allá de cualquier utilidad. La diferencia no se refiere tanto a la actividad misma, sino, más bien, a la actitud, a la intención o al sentido con que se la realiza. La palabra aprender expresa el deseo de tomar algo del mundo, mientras que el término estudio señala, sobre todo, el deseo de cuidar de algo, de prestarle atención. En ese sentido, podría decirse que el estudioso no se sirve de aquello que estudia, sino que, por el contrario, le dedica su vida, gasta su vida en eso. Esta distinción entre aprendizaje y estudio nos permite contraponer dos modalidades diferentes de relación

con el mundo: una ligada la apropiación privada y otra al cuidado de un mundo compartido. La primera encuentra su figura paradigmática en el consumo, la segunda en el uso de un mundo común. Algunos indicios de esta relación, atenta y cuidadosa, todavía pueden ser percibidos en los diferentes usos que la palabra estudio conserva. Usamos habitualmente la palabra estudio para referirnos a un modo de ver, de escuchar, de sentir, un “estado de espíritu” que implica cierta atención al mundo. En ese sentido decimos que alguien no debe ser incomodado porque está estudiando. También utilizamos la palabra estudio para designar un cierto tipo de ejercitación, tendiente al perfeccionamiento técnico de un arte. Esto aparece con claridad cuando consideramos los Estudios de manos de Durero, los Estudios de caballos de Leonardo o el Estudio Op. 25 n.º 6 de Chopin. En estos casos, el término remite a un tipo especial de obra, dedicada a la exploración de un tema, en la que el artista insiste sobre una técnica, experimenta con diversos materiales o investiga variaciones de forma, luz, color, perspectiva o composición. En tercer lugar, usamos el término estudio para referirnos a un lugar, un arreglo de tiempo, espacio y materialidad, capaz de construir una cierta atmósfera, donde el estudio se hace posible. En ese sentido nos referimos a un estudio de música, de cine, de arquitectura o, simplemente, a aquella sala silenciosa y amigable, en la cual nos podemos retirar para concentrarnos en la lectura, en la escucha atenta de una música o la contemplación de una pintura. Por último, el estudio define también un conjunto de hábitos, es decir, la manera en que sostenemos cotidianamente esta inclinación amorosa a un determinado asunto, la manera en que nos apropiamos y cuidamos de una determinada parcela del mundo. Maximiliano Valerio López, (2020) «Del ocio al estudio: sobre el cultivo y la transmisión de un arte», en Bárcena, F., Valerio, M. y Larrosa, J. (orgs.) *Elogio del estudio*. Buenos Aires, Miño & Dávila, pp.128-129.

6. En cuanto a aquellos para quienes esforzarse y trabajar, comenzar y recomenzar, hacer intentos, equivocarse, retomando todo de nuevo de arriba abajo y encontrar el medio aún de dudar a cada paso, en cuanto a aquellos —digo— para quienes trabajar en silencio y en tensión equivale a dimisión, ellos y yo claramente no estamos en el mismo planeta. *Michel*

Foucault (2002) «Modificaciones», Historia de la sexualidad (El uso de los placeres). Buenos Aires, Siglo XXI.

7. No soy ni helenista ni latinista. Pero me pareció que, con la condición de aplicarse al trabajo, de ponerle paciencia, modestia y atención, era posible adquirir ante los textos de la Antigüedad griega y romana una familiaridad suficiente; me refiero a una familiaridad que permitiera, según una práctica sin duda constitutiva de la filosofía occidental, a la vez interrogar la diferencia que nos mantiene a distancia de un pensamiento en el que reconocemos el origen del nuestro y la proximidad que permanece a pesar de ese alejamiento que nosotros profundizamos sin cesar. *Michel Foucault (2002) «Modificaciones», Historia de la sexualidad (El uso de los placeres). Buenos Aires, Siglo XXI.*

II. SOBRE LA LECTURA

8. Hay que demorarse y nutrirse de determinados autores, si quieres sacar algo que de verdad se asiente tu alma. No está en ninguna parte quien está en todas partes. A los que pasan su vida de viaje les ocurre que tienen muchos alojamientos y ningún amigo; lo mismo les ocurre por fuerza a quienes no se aplican habitualmente a ningún autor, sino que pasan por todos deprisa y corriendo [...] Lee siempre a los consagrados (Séneca, *Cartas a Lucilio*, Madrid, Cátedra, 2018, carta 2, pp. 112-113).



9. En realidad, cada uno de los lectores es, cuando lee, el propio lector de sí mismo. La obra del escritor es un simple instrumento óptico que ofrece al lector para permitirle discernir lo que sin ese libro tal vez no habría visto en sí mismo. El reconocimiento en sí mismo, por el lector, de lo que dice el libro es la prueba de la verdad de éste y viceversa, al menos en cierta medida, pues en muchos casos la diferencia entre los textos puede atribuirse al lector y no al autor (Marcel Proust, *Le Temps retrouvé, À la recherche du temps perdu*, IV. París, Gallimard - Bibliothèque de la Pléiade, 1989, pp. 489-490).

10. Para practicar de este modo la lectura como arte se necesita ante todo una cosa que es precisamente hoy en día la más olvidada —y por ello ha de pasar tiempo todavía hasta que mis escritos resulten ‘legibles’—, una cosa para la cual se ha de ser casi vaca y, en todo caso, no ‘hombre moderno’: rumiar (Friedrich Nietzsche, *Genealogía de la moral*. Madrid, Alianza Editorial, aforismo 26, p. 36).
11. El lector del que espero algo debe tener tres cualidades: debe ser tranquilo y leer sin prisa, no debe hacer intervenir constantemente su persona y su «cultura», y, por último, no tiene derecho a esperar -casi como resultado- proyectos [...] Este libro va dirigido a lectores tranquilos, a hombres que todavía no se dejen arrastrar por la prisa vertiginosa de nuestra época, y que todavía no experimenten un placer idólatra al verse machacados por sus ruedas...o sea, ¡a pocos hombres! [...] Estos hombres «todavía tienen tiempo» [...] Un hombre así no ha olvidado todavía pensar cuando lee, conoce todavía el secreto de leer entre líneas; más aún, tiene una naturaleza tan pródiga, que sigue reflexionando sobre lo que ha leído. Y todo esto no para escribir una reseña u otro libro, sino simplemente por reflexionar (Friedrich Nietzsche, Segundo prefacio, *Sobre el porvenir de nuestras escuelas* (1872), Barcelona, Tusquets, 2000, pp.27-29).
12. ¿Quién le conoce, a éste que bajó
su rostro, desde un ser hacia un segundo ser,
quien sólo el veloz pasar páginas plenas
a veces interrumpe con violencia?
Ni siquiera su madre estaría segura
de si él es el que allí lee algo, empapado
de su sombra. Y nosotros, que teníamos horas,
¿qué sabemos de cuánto se le desvaneció
hasta que, con esfuerzo, alzó la vista?
cargando sobre sí lo que, abajo, en el libro,
sucedió, y con ojos dadivosos, que en vez
de tomar, se topaban a un mundo pleno y listo:
como niños callados que jugaban a solas
y, de pronto, vivencian lo existente;
sus rasgos, que estaban ordenados
quedaron alterados para siempre (Rainer Maria Rilke, El
Lector, en *Nuevos poemas, II*. Madrid, Poesía Hiperión, 1999,
2ª Edición, p. 229).

13. Es cierto que no obtenemos absolutamente nada de la lectura aparte de placer; es cierto que el más sabio entre nosotros es incapaz de decir en qué consiste tal placer. Pero este placer - aunque sea misterioso, desconocido e inútil- es suficiente. Este placer es tan curioso, tan complejo, tan inmensamente fecundo para la mente de cualquiera que lo disfrute y tan copioso en sus efectos que no resultaría en absoluto sorprendente descubrir el día del juicio, cuando los secretos se revelen y lo oscuro se haga claro, que la razón por la que hemos pasado de ser cerdos a hombres y mujeres, por la que hemos salido de las cuevas y soltado los arcos y las flechas, por las que nos hemos sentado alrededor del fuego para charlar, beber y pasarlo bien, por la que hemos construido casas y aceras, y por la que hemos levantado algún tipo de refugio y sociedad sobre la tierra yerma no es otra sino ésta: hemos amado la lectura (Virginia Woolf, *¿Cómo hay que leer un libro?*, en *Leer o no leer*, Madrid, Abada editores, 2013, pp. 158-159).
14. Leer bien significa arriesgarse a mucho. Es dejar vulnerable nuestra identidad, nuestra posesión de nosotros mismos [...] Así debería ser cuando tomamos en nuestras manos una gran obra de literatura, de imaginación o de doctrina. Puede llegar a poseernos tan completamente que, durante un tiempo, nos tengamos miedo, nos reconozcamos imperfectamente. Quien haya leído *La metamorfosis* de Kafka y pueda mirarse impávido al espejo será capaz, técnicamente, de leer la letra impresa, pero es un analfabeto en el único sentido que cuenta (George Steiner, *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*. Barcelona, Gedisa, 2003, pp. 26-37).
15. En la biblioteca de la universidad se demoraba por los pasillos, entre los miles de libros, inhalando el olor rancio del cuerpo, la tela y las páginas secas como si fuese un incienso exótico. A veces se paraba, tomaba un volumen del estante y lo sostenía durante un momento entre sus grandes manos que le hormigueaban al contacto especial con el lomo y las manejables páginas. Luego, hojeaba el libro, leyendo párrafos aquí y allá, pasando las páginas delicadamente con sus rígidos dedos, como si su torpeza pudiera arrancar y destruir lo que había supuesto tanto esfuerzo descubrir. No tenía

amigos, y por primera vez en su vida era consciente de su soledad. A veces, en su ático, por las noches, levantaba la vista del libro que estuviera leyendo y miraba la oscuridad de las esquinas de su cuarto, donde la lámpara parpadeaba contra las sombras. Si observaba larga e intensamente la oscuridad se convertía en una luz que adquiriría la forma insustancial de lo que había estado leyendo. Y se sentía fuera del tiempo, como se había sentido aquel día en casa cuando Archer Sloane le había hablado. El pasado se aparecía desde la oscuridad en la que permanecía y los muertos volvían a la vida ante él, así el pasado y los muertos fluían hacia el presente entre los vivos, de manera que, por un instante, tenía una visión de densidad en la que se compactaba y de la que no podía huir, de la que tampoco sentía ningún deseo de escapar (John Williams, *Stoner*, Tenerife, Baile del Sol, 2015/1965, p. 20).

16. Basta una condición para esta reconciliación con la lectura: no pedir nada a cambio. Absolutamente nada. No alzar ninguna muralla de conocimientos preliminares alrededor del libro. No plantear la más mínima pregunta. No encargar el más mínimo trabajo. No añadir ni una palabra a las de las páginas leídas. Ni juicio de valor, ni explicación de vocabulario, ni análisis de texto, ni indicación biográfica... Prohibirse por completo “hablar de” Lectura-regalo. Leer y esperar. Una curiosidad no se fuerza, se despierta. Leer, leer, y confiar en los ojos que se abren, en las caras que se alegran, en la pregunta que nacerá, y que arrastrará otra pregunta (Daniel Pennac, *Como una novela*, Barcelona, Anagrama, 2017, p. 123).

17. [...] ¿De dónde sacar *tiempo para leer*? Grave problema. Que no lo es. [...] El tiempo para leer siempre es tiempo robado. (Al igual que el tiempo para escribir, por otra parte, o el tiempo para amar.) ¿Robado a qué? Digamos que al deber de vivir. [...] El tiempo para leer, igual que el tiempo para amar, dilata el tiempo de vivir. [...] Yo jamás he tenido tiempo para leer, pero nada, jamás, ha podido impedirme que acabara una novela que amaba. La lectura depende de la organización del tiempo social, es, como el amor, una manera de ser. El problema no está en saber si tengo tiempo de leer o no (tiempo que nadie, además, me dará), sino en si me regalo o no la dicha de ser lector (Daniel Pennac, *Como una novela*, Barcelona, Anagrama, 2017, pp. 120-121).

18. ¿Y quién puede querer concentrar su atención —un solo minuto de atención— en un terreno en el que hay innovaciones y descubrimientos, pero no progreso? Cualquier ser humano que tenga antepasados; es decir, cualquier ser humano digno de ese nombre. Entonces ¿para qué leer? ¿Para qué narrar? Marcel Proust escribía que, de la misma forma que no percibimos la rotación de la tierra, tampoco percibimos el paso del tiempo, y que las novelas son por eso —y la suya más que ninguna otra— relojes paradójicos que, al acelerar el tiempo, lo introducen allí donde habitualmente no sentimos su movimiento. Se dirá que no tenemos tiempo para la lectura. Pero esto es como decir que no tenemos tiempo para el tiempo; que no tenemos tiempo para la *duración*. Tenemos tiempo, en cambio, para ignorarlo durante horas, para abolirlo ilusoriamente durante días; para despreciarlo durante toda una vida. Tenemos tiempo para ir a Australia, pero no para llegar hasta la cocina o hasta la casa de enfrente; tenemos tiempo para fotografiar un millón de veces las Pirámides, pero no para levantar en la playa un castillo de arena; tenemos tiempo para dar la vuelta al mundo en una pantalla, pero no para pelar una patata. Tenemos, claro, ese minuto que basta para la destrucción de un mundo, pero ya no los siete días que hacen falta para crear uno. Tenemos tiempo, en fin, para la digestión y para la televisión, pero no para la duración (Santiago Alba Rico (2015), *Leer con niños*. Barcelona, Literatura Random House, pp. 19-20).
19. La experiencia de la lectura, tal como había existido por lo menos desde la invención de la imprenta hasta hoy (la lectura solitaria, privada y silenciosa, generadora de interioridad y recogimiento) está viéndose sometida a un proceso de transformación que pretende ser definitivo, irreversible. Desde siempre leer y escribir han sido piezas fundamentales en el proceso del conocimiento: leer y escribir y, sobre todo, releer y reescribir, por ello copiar, memorizar, traducir han sido hasta hace poco tenidos por fundamentales en todo proceso de aprendizaje. Hoy han caído en desuso y son objeto de descrédito y reprobación (...): hay que asumir que el conocimiento no es sino información, que pensar es lo mismo que opinar, que la razón no es más que un cálculo... Hay que olvidar rápidamente lo que la lectura y la relectura, la escritura y la reescritura se han empeñado en recordarnos por lo menos

desde que surgió la palabra 'logos': que el lenguaje es insondable y no es de nadie, que es siempre el lenguaje quien manda, quien nos obliga a reconocer que no tenemos razón en lo que decimos, quien nos emplaza a (tratar de) decir la verdad. Es probable que cuando este olvido se haya cumplido enteramente, que si este olvido llega a cumplirse por entero, entonces comience otra cosa, algo que hoy podemos comenzar a intuir como la monarquía monótona del 'basic english' en el ámbito del conocimiento. Miguel Morey, *Nacimos griegos*, en *La universidad cercada. Testimonios de un naufragio*. Barcelona, Anagrama, pp. 265-266.

BIBLIOTECA

- Agamben, G. (1989) *Idea de la prosa*. Barcelona, Península.
- Agamben, G. (2018) *Autorretrato en el estudio*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- Bárcena, F. (2019) La intimidad del estudio como forma de vida. *Teoría de la Educación. Revista Interuniversitaria* (Número monográfico), 31: 2, pp. 41-67.
- Bárcena, F. (2020) *Maestros y discípulos. Anatomía de una influencia*. Madrid, Ápeiron Ediciones.
- Bárcena, F. (2020) El profesor en el estudio. *Márgenes. Revista de Educación de la Universidad de Málaga*, 1:2, pp. 193-199. DOI: <https://dx.10.24310/mgnmar.v1i2.9612>
- Bárcena, F. (2021) En la casa del deseo. Prefacio a una filosofía de la educación. *Márgenes. Revista de Educación de la Universidad de Málaga*, 2:1, pp. 181-190. DOI: <https://dx.doi.org/24310/mgnmar.v2i1.11555>
- Bárcena, F. (2021) Leer, un rapto del alma. *Márgenes. Revista de Educación de la Universidad de Málaga*, 2:2, pp. 143-149. DOI: <https://doi.org/10.24310/mgnmar.v2i2.12829>
- Bárcena, F., López, M. V., Larrosa, J. (eds.) (2020) *Elogio del estudio*. Buenos Aires, Miño & Dávila, pp. 25-68.
- Barthes, R. (2005) *La preparación de la novela. Notas de cursos y seminarios en el Collège de France, 1978-1979 y 1979-1980*. Buenos Aires, Siglo XXI editores.
- Foucault, M. (2005) *Hermenéutica del sujeto. Curso en el Collège de France, 1981-1982*. Madrid, Akal (Primera Clase, primera hora).
- Fumaroli, M. (2008) *Las abejas y las arañas. La Querrela de los*

- Antiguos y los Modernos*. Barcelona, Acantilado.
- Fumaroli, M. (2013) *La República de las Letras*. Barcelona, Acantilado.
- Illich, I. (2002) *En el viñedo del texto. Etología de la lectura: un comentario al «Didascalicon» de Hugo de San Víctor*. México, FCE.
- Larrosa, J. (2019) *Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio de profesor*. Barcelona, Candaya.
- Larrosa, J. (2020) Aprender/estudiar una lengua. En Bárcena, F., López, M.V. y Larrosa, J. (organizadores) *Elogio del estudio*. Buenos Aires, Miño & Dávila, pp. 69-98.
- Larrosa, J. (2020) *El profesor artesano. Materiales para conversar sobre el oficio*. Barcelona, Laertes.
- Larrosa, J. (ed.) (2018) *Elogio de la escuela*. Buenos Aires, Miño & Dávila.
- Larrosa, J., Rechia, K. C., y Cubas, C. J., (eds.) (2020) *Elogio del profesor*. Buenos Aires, Miño & Dávila.
- López, M. (2020) «Del ocio al estudio: sobre el cultivo y la transmisión de un arte», en Bárcena, F., López, M., y Larrosa, J. (eds.) *Elogio del estudio*. Buenos Aires, Miño & Dávila.
- Marx, W. (2009) *Vie du lettré*. París, Les Éditions de Minuit.
- Mèlich, J-C. (2019) *La sabiduría de lo incierto. Lectura y condición humana*. Barcelona, Tusquets.
- Mèlich, J-C. (2021) *La fragilidad del mundo. Ensayo sobre un tiempo precario*. Barcelona, Tusquets.
- Simons, M. y Masschelein, J. (2014) *Defensa de la escuela. Una cuestión pública*. Buenos Aires, Miño & Dávila.